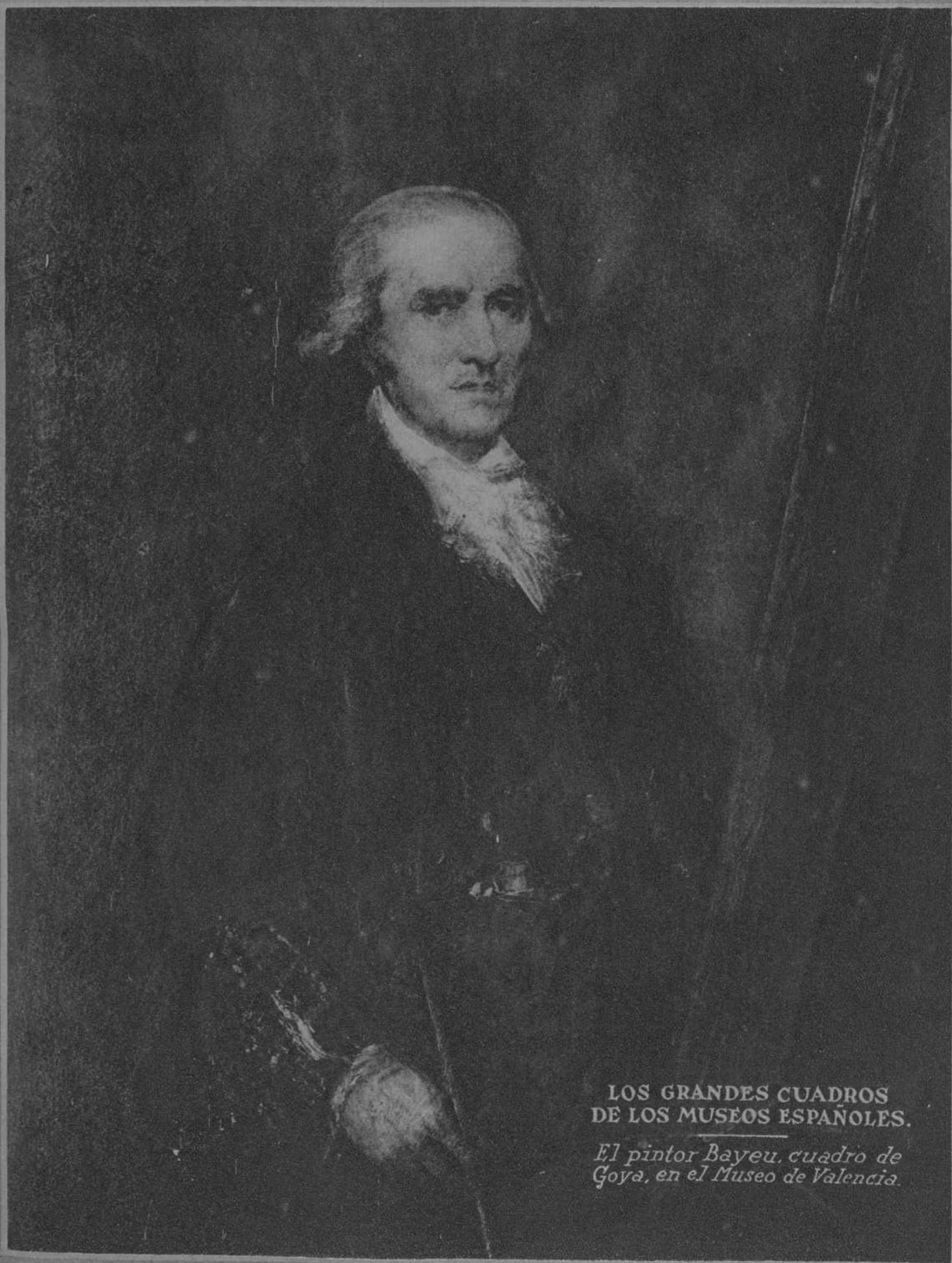


N.º 17. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*, 18 de Julio, 1926.



LOS GRANDES CUADROS
DE LOS MUSEOS ESPAÑOLES.

*El pintor Bayeu, cuadro de
Goya, en el Museo de Valencia.*

San Pedro de Tarrasa

*La Iglesia
románica de
la vieja
Egara.*



*Vista general de
la Iglesia.*



Fachada de la Iglesia.



Interior de la Iglesia.

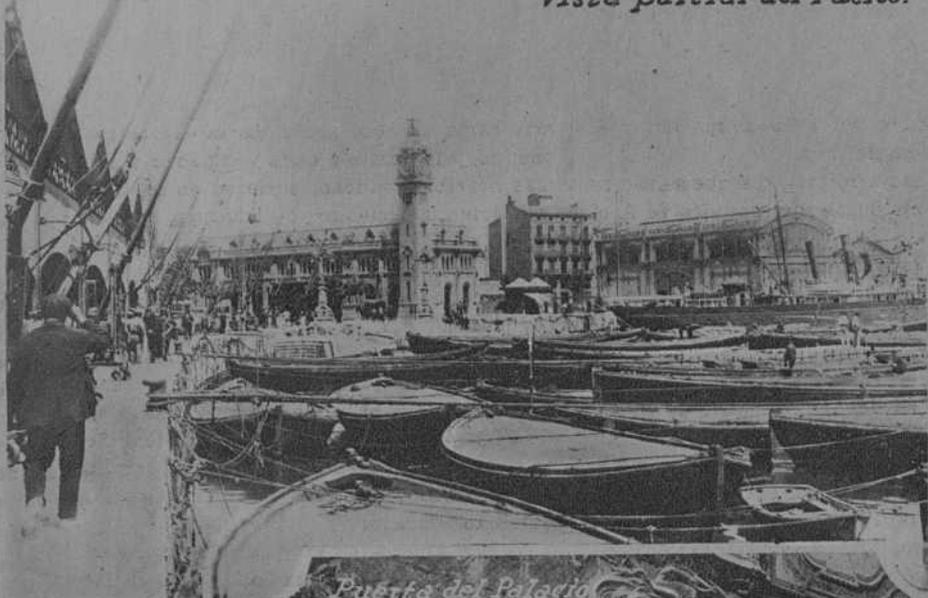
(Fots. J. Gorina, y Trust).

Valencia

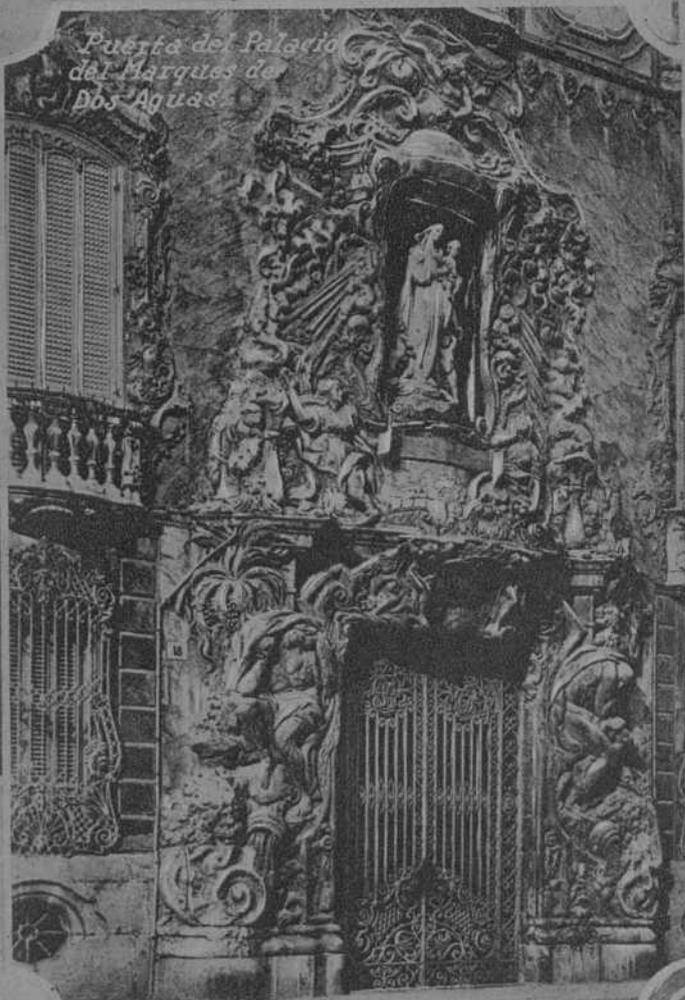
El Miguelete.



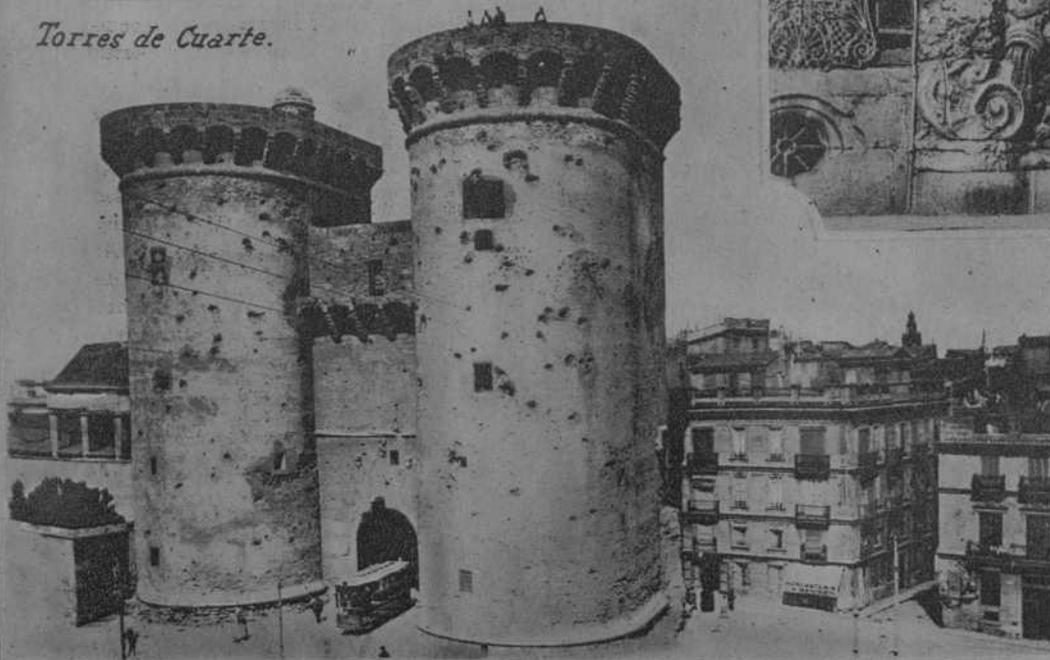
Vista parcial del Puerto.



*Puerta del Palacio
del Marques de
Dos Aguas.*



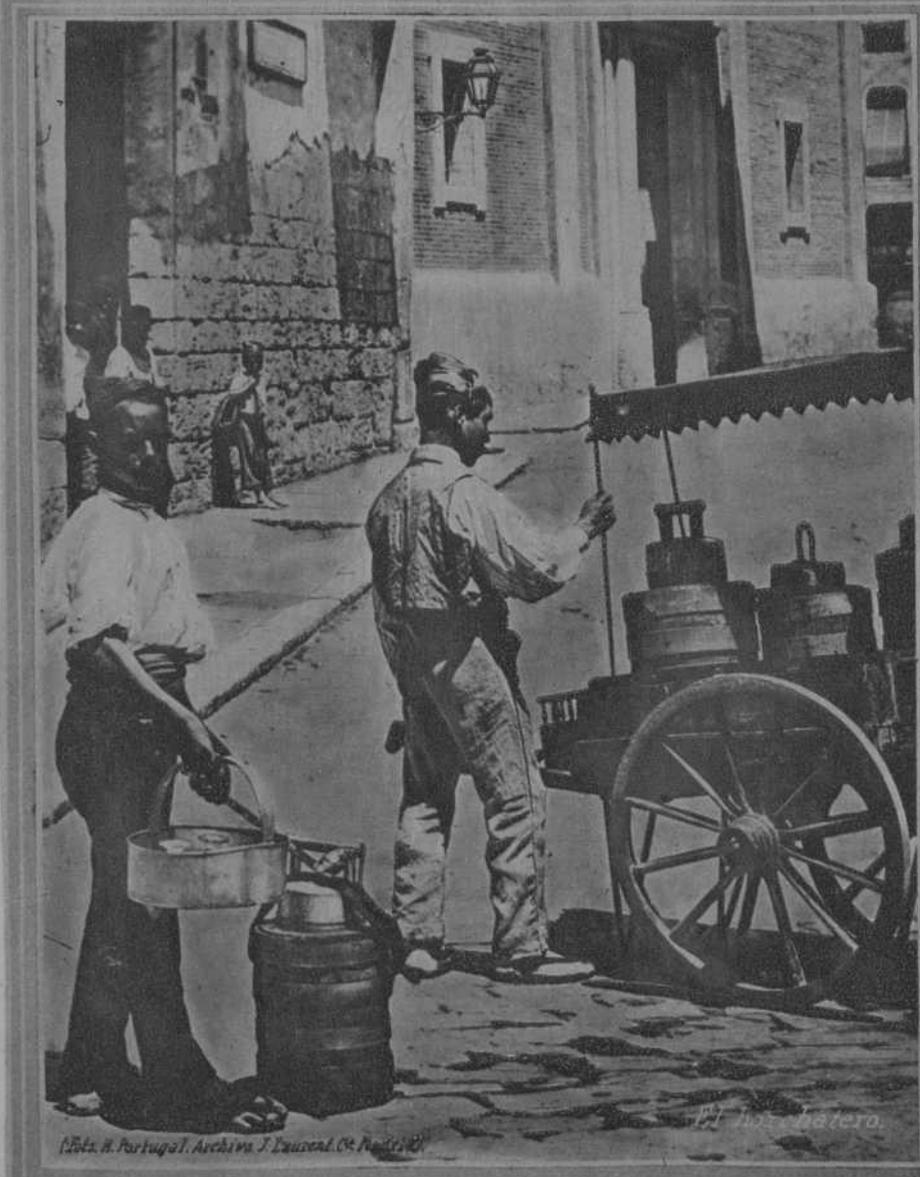
Torres de Cuarte.



La ciudad de las cien torres, de Victor Hugo, la ciudad como de rosas, de Zorrilla, va a celebrar sus fiestas. Homenaje a ella, ponemos en estas paginas sus monumentos, sus casas típicas y sus barracas legendarias.









Salida de las barcas de Lloret.



La procesión en la playa.



Llegando a Santa Cristina.

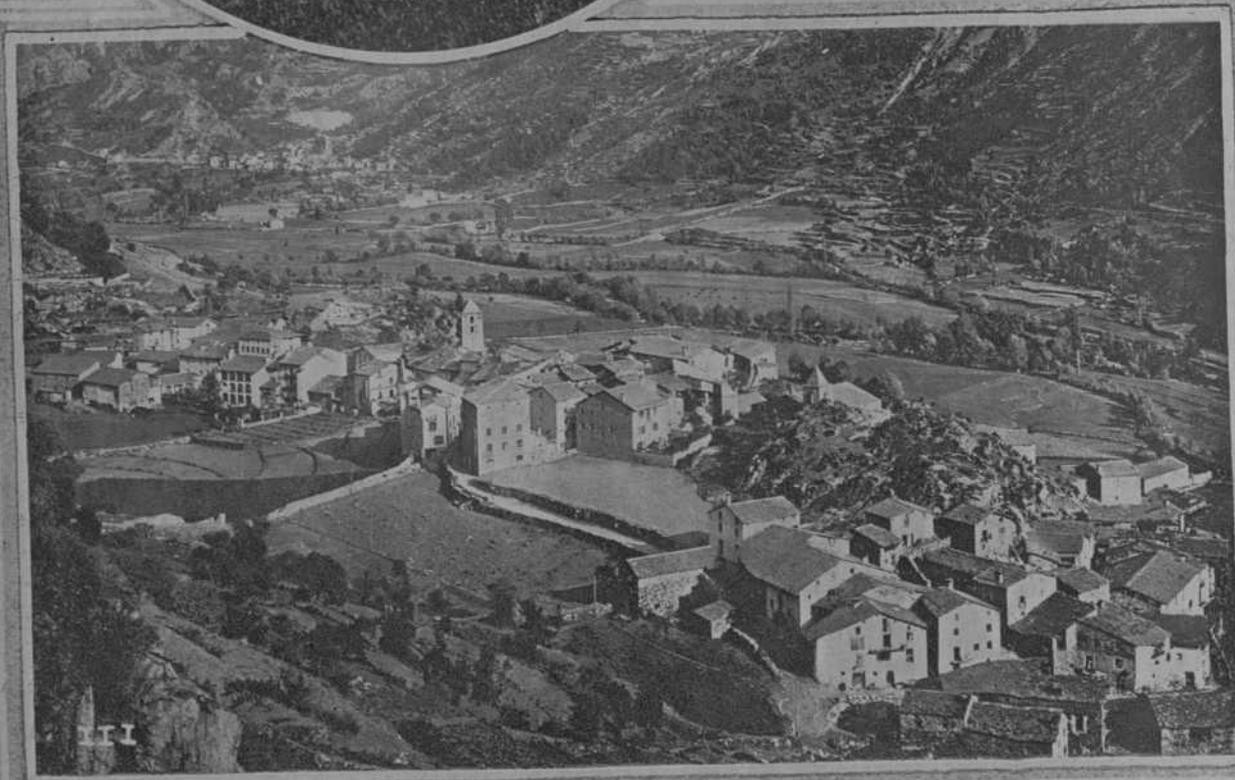
SANTA CRISTINA Y LA PROCESIÓN MARÍTIMA El día 24, día de Santa Cristina, salen las barcas de Lloret y de Blanes, proa a Santa Cristina. Músicas y banderas en la playa, regatas y procesión en la "cala". Fiesta azul y blanco, que parece un capítulo de D'Anunzio.



Los Valles del Valle de Andorra.

- I.-El camino de Bellver a Andorra.
II.-El valle de Bagá, inmediato a Andorra.
III.-La capital de Andorra.*

(Fóts. J. Obradors).



*La Cataluña
romántica e.*

*Santa Coloma de Queralt.
(El castillo de los condes).*



(Fot. J. Domingo)

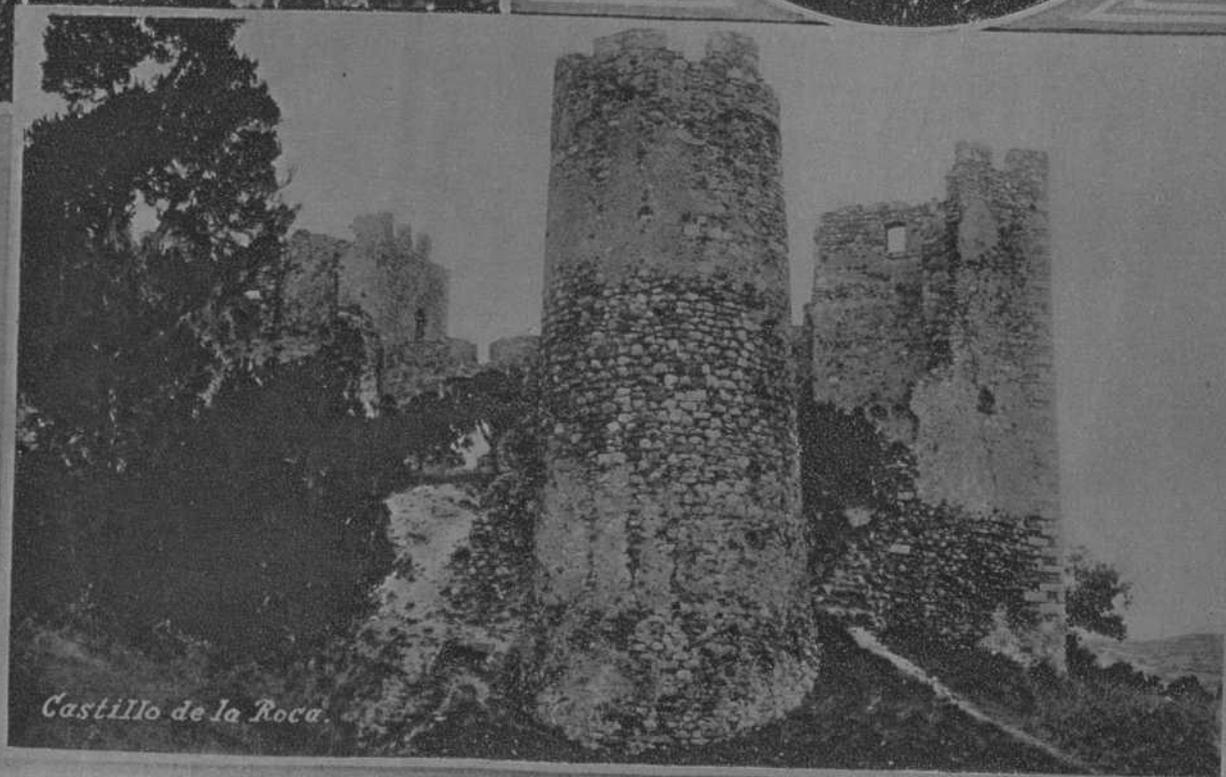
*Castillo de Ferrés.
(Santa Coloma).*



(Fot. S. Llos)



*Castillo de Monsorriu.
(Arbucias).*



Castillo de la Roca

ROSA NEGRA

(NOVELA)

por FRANCISCO CARAVACA

*«Eran ocho mozos blancos y rosáceos
de los caseríos de Sara y Gaícoa,
de alargados cuellos, que entre los violáceos
pinedos danzaban, junto al Bidasoa....»*

«Versolari» F. Quadras Salcedo

I

Era fosca y hurafía la visión del bosque, con sus densas y oscuras tonalidades, con su rumorar de quedas lamentaciones, como extinguidas por el clamoreo de las aguas del río.

La tarde descendía lentamente sobre los bosques de Euskéria.

Los árboles semejabán seres detenidos o extraviados en la urdimbre de la selva y dejaban resquicios, breves espacios de claridad rasgando las tinieblas; y a través de estos resquicios se mostraba el bosque, acogedor de sonidos, guardador de tradiciones y leyendas, de esas leyendas que forman la rapsodia de Vasconia. Tradiciones que viven inmortalizadas por los siglos, en una arraigada vida de recuerdos, con la vida del viejo solar vasco.

Había belleza, belleza triste, como deijos de llantos o como rezos, en aquel atardecer que vertía sus negruras sobre la pequeña aldea. El pueblo estaba allí, cerca, muy cerca. Desde el límite del bosque se le veía en su apifñado montón de casas viejísimas, agrupadas en torno a la ruinosísima iglesia, y cobijadas tras el macizo de grisáceas moles de piedra caliza, que elevaban al cielo sus agudas cresterías. Este era el paisaje que se ofrecía en la tarde aquella que da comienzo nuestro relato.

En medio de la plazuela del pueblo se levanta una encina descomunal, algo cabizbaja y vencida por el peso de los siglos. Al lado, la iglesia, de parduzcos muros, resquebrajados y roídos por el sol y las ventiscas de los Pirineos; y bajo el dosel antañón de la encina, formando semicírculo, estaban sentados algunos ancianos de largas barbas plateadas.

Todo el pueblo parecía sumido en el mayor regocijo. Rasgaban los aires el sonido del tamboril y del «sistulari», y la vieja plazuela aparecía llena de hermosas «nescas» de rosadas facciones, de rasgos prominentes y rubios cabellos, ataviadas con sus mejores galas; de «mutiles», de duro semblante, expuestos a las rudezas del clima y de ancianas «etxeakoandrias» de nevosos cabellos, de flácidas y temblonas manos, que tantas y tantas vueltas dieron a la rueda en el bajo dintel de la casería lugareña en las placenteras mañanas de sol.

Imponían respeto y veneración los rostros macilentos de los ancianos; el brillo apagado de sus apagadas miradas que contemplaban todo el júbilo de la gente joven, como un resucitar de sus mocedades lejanas y desdibujadas por el tiempo. En sus gestos llenos de sencillez y rústica majestad, había la gravedad profunda de las grandes solemnidades.

Iba a comenzar la «ezpatadanza», ese baile tan genuino de Euskalerría, en el que se muestra la pujante destreza del «danzaire», al mover y remover de sus piernas de flexible acero, en saltos de agilidad suprema, sin perder el ritmo que, mansina o vertiginosamente van marcando los sencillos instrumentos musicales.

Ya se inflaban los carrillos abultados y coloradotes de Chomín de Arizcu, el «sistulari», y se dejaban oír los repiqueteos de los palillos sobre el tamboril. La menuda «chapela» ladeada sobre la sién izquierda, Chomín mostraba el frunce de sus achatadas sienes y el desarrollo hercúleo de sus brazos de «aizkolarí».

En un extremo de la plaza, sentada entre el corro de los ancianos, aparecía la belleza morena, sensual y trágica de Arosa, la gallarda Arosa Beltxa (1), la más hermosa de todas las «nescas del pueblo».

Brillaban sus ojos en fulgores de una luz interior; era airoso su talle y negro el rutilar de sus cabellos abundosos alisados sobre la nuca. Sus miradas se hallaban fijamente puestas en el grupo de «danzaires» que prontamente comenzarían la danza de las «ezpatas».

Eran ocho los mozos que, desnudos los brazos musculosos, esgrimían los «makilos» con varonil apostura, esperando a que el más viejo de los ancianos que componían aquel singular Concejo, diese la señal que da comienzo a la danza.

Todos eran fuertes, con ese vigor nórdico, forjado a los ardores del sol y a las nevadas de la cordillera pirenaica... Pero entre los ocho sobresalía la figura recia y simpática de Michel de Arbieta, el forzudo Michel capaz de vencer a un buey de la labranza, domeñando con sus brazos fibrosos la testuz rebelde sobre la roja tie-

rra, y capaz de beberse, en una tarde de romería, toda la ácre «sagardua» del lugar, sin que por ello dejase de empuñar el nudoso «makil», lanzándose a la sierra en busca del cerbato, que mostrará al día siguiente prendido en las verdes ramas de un olivo, como insigne trofeo de su hazaña: Hombre hecho de roble y acero, con toda la rudeza granítica de las cimas montuosas... Eran crespos sus cabellos de un rojo de fuego; ásperas sus manos, llenas de callosidades, toscas como un grillete... Su torso se plegaba flexible sobre el corto pedestal de sus finas piernas, y era vibrante y terrible el ímpetu de su brazo de hondero, al retemblar de la mesa de la tasca, cuando descargaba su formidable puñetazo de coloso.

Arosa Beltxa, la belleza sombría del pueblo, amaba con violenta pasión al airoso Michel de Arbieta. Era ella demasiado orgullosa, para que nunca hubiese hablado a nadie de su amor por el «mutil». Sin embargo, todo el pueblo sabía que Arosa Beltxa sufría, sufría horriblemente y en el mayor silencio el frío desaire de Michel, sin que jamás desapareciese aquel rictus de duda burlona de sus finos labios, y sin que se esfumase el brillar de sus pupilas alucinantes...

Todos sabían que Goizeko Eguskia (2) rubia, dulce y apasionada, era la única mujer del pueblo que había puesto tremolidades de pasión en el alma de Michel de Arbieta.

Era pobre; tal vez menos hermosa que Arosa; pero su belleza más plácida, menos tumultuosa, era una magnífica floración; era el contraste rudo y triunfal que hizo inclinar la frente del «mutil»...

En ella había el reflejo de la mansedumbre de los campos, la belleza apacible de las flores y de los altos trigos; un trenzar de sencillas emociones, alma y vida de las tosquedades angostas y enmarañadas del alma de Michel, todo rudeza, hiriente franqueza de hombre fuerte...

Goizeko Eguskia, hallábase sentada junto a su madre, la vieja María; y su mirada se posaba también en el grupo de los «ezpatadanzaires», que celebraban con toscas ri-

(1) Arosa Beltxa, o sea Rosa Negra.

(2) Goizekos Eguskia o sea Sol de Mañana

sotadas la agudeza epigramática de sus mordaces habladurías sobre tal o cual moza del pueblo.

Belleza de penumbras había en el conjunto de aquella fiesta de aldea.

Y, sin embargo, un hálito de encono, de fiero encono de pecho a pecho de mujer, se cernía silencioso sobre la animación y el júbilo de la gente moza...

¿Brotaría la negra tragedia que se reconcentraba en las pupilas encendidas de Arosa Beltza?...

Sonaba el «sistulari»... La «ezpataranza» iba a comenzar.

II

El sofoco de la tarde era tan intenso que esta parecía envuelta en un halo de fuego. Por la vereda angosta y tortuosa que conducía desde el soterrado llano al pueblo del altozano, bajo un sol abrasador y chispeante, caminaba el «mutil» Michel de Arbieta, desnudos sus morenos brazos y su cuello fibroso, y ladeada sobre los fornidos hombros la blusa azul de los labriegos.

Caminaba lento el paso, con un movimiento rítmico de piernas y brazos—como los marinos que conservan en tierra el marcado balanceo del navío—; sin cansancio, sin el ronco jadear de pulmones agotados, sino animoso y decidido.

En uno de los frecuentes recodos que marcaba el sendero, Michel de Arbieta vio esbozarse la figura gallarda de Arosa Beltza que, embutidos sus breves pies en las groseras abarcas, y con una banasta sobre la cabeza, venía en dirección contraria de aquella que seguía Michel.

—¿A dónde vas, Arosa?—dijo el «mutil», cuando llegaron el uno frente al otro.

—Al llano voy, Michel de Arbieta—contestó secamente Arosa, deteniéndose junto al mozo, y clavando en él sus inquietas miradas.

—¿Qué tienes que hacer en el llano hoy?...

—Es día de mercado, Michel...

Durante unos momentos se miraron en silencio. El rostro de Arosa seguía ceñudo, sombrío. Sus grandes ojos negros estaban velados por la sombra violácea de sus profundas ojeras.

El mozo la contemplaba con una especie de muda admiración y de ironía inconsciente, hija de su propia rudeza y toscas maneras.

—¿Quieres que te acompañe, Arosa?—insinuó Michel en voz baja, y añadió— Te llevaré el cesto, que debe pesar mucho...

—No, no—prorrumpió la nesca altiva—. No quiero que te molestes Michel... —¡Te aguardan allá!...

—¿Dónde?... —preguntó burlón.

—En el pueblo.

—Sí, pero es lo mismo—respondió Michel desdeñoso.

—¡No, Michel, no es lo mismo...! Corre, corre al pueblo, y no pierdas el tiempo en el camino...

—¿Por qué?... —exclamó el mozo, molesto a su pesar.

—Porque hay malas noticias—contestó Arosa, y comenzó a caminar, bajando lentamente el sendero, erguida su hermosa cabeza.

Las palabras de la muchacha produjeron

profunda impresión en el ánimo de Michel, que, fuertemente preocupado caminó a grandes trancos por las abrupteces del sendero. Tenía serios motivos de intranquilidad: su madre, la anciana Marsala estaba enferma desde hacía algún tiempo, muy enferma.

¿Será posible?—pensó Michel mientras corría como un loco sobre las asperezas del camino, y la horrible duda y el temor a una más horrible realidad, pusieron en su alma un violento espolazo de angustia, de vértigo...

Y corriendo, corriendo sin cesar, llegó al pueblo. Atravesó la plaza, donde unos mozos jugaban a la pelota sobre los muros de la iglesia, y en los rostros de aquéllos no vio nada que le confirmase sus terribles sospechas... Bajó el declive que conducía al caserío, y por fin, con temblores de niño en su cuerpo de coloso penetró en la amplia cocina vasca del caserío, donde encontró a Goitzeko, llorando...

La anciana madre se hallaba postrada en el lecho. Su mirada tenía la turbidez anunciadora de la muerte próxima. Pero, con esa gloriosa animosidad de los vascongados, aquella mujer cuya vida estuvo por entero consagrada a los rudos trabajos del campo y a dar a la vida frutos tan sanos y fuertes como aquel mocetón, llamó a Michel junto al lecho y con voz casi extinguida, le dijo:

—¡No llores, Michel, hijo mío, no llores, y atiende las últimas palabras de tu buena madre!

Michel sollozaba.

—Cásate con Goitzeko, Michel... Ella es buena; tú la quieres y ella también te quiere... Prométeme que te casarás con Goitzeko... Es lo único que te pido, y que seas muy feliz con ella...

Y Michel, uniendo sus toscas manos con las macilentas manos morenas de su madre prometió con promesa inquebrantable cumplir el último deseo de aquella...

Algunas horas más tarde, las viejas campanas de la iglesia tañían roncós de luto sobre la paz del pueblo.

Marsala de Urdáiz había muerto...

III

Caía la nieve lenta y pesadamente, cubriendo de alburas las calles del pueblo y los campos sembrados, cuando Michel de Arbieta salía de la casería solariega. Cruzó la vieja plazuela, tantas veces testigo de sus juegos moceriles y de sus alegres camaraderías, y con paso lento comenzó a descender la pendiente resbaladiza que llevaba a la parte baja del pueblo. La nieve que caía abundante en gruesos copos como vellones de merino, blanqueó prestamente su negra chaqueta y puso un círculo de nieve sobre el plano inclinado de su holgada bofina.

El semblante del mozo era hosco, casi triste... Ya no brillaban sus ojos de alegría, ni eran coloradas sus facciones, sino por el helor intenso de la nevada que ponía violáceas tonalidades en el viejo bronco de su piel curtida.

¿A dónde se encaminaba Michel de Arbieta, en esta fría tarde de invierno? ¿Qué tenía que hacer allá abajo, en el valle de blancas casucas, como gaviotas ateridas...?

Baja la cabeza, caminó durante un largo

rato, y por fin, al llegar al llano de una blancura inmaculada, el mutil se detuvo bajo la copa de una desmantelada encina y aguardó, puesta la mirada en la vereda que desde allí partía hasta el grupo de casucas.

Al poco rato, una mujer envuelta la cabeza en un pañolón oscuro, avanzó cautelosa sobre lo escuridizo del terreno, y se reunió con Michel. Era Arosa Beltza que acudía a la cita de su amante.

Después de la muerte de su anciana madre, el carácter de Michel se tornó huraño, agresivo, burlón y hasta colérico... Empezó a retraer su vida de todo trato con las gentes del pueblo, que sólo veía durante las horas de la faena en el campo. Obedecía este cambio del mozo, no solamente al sincero dolor que le había producido la muerte de su madre, sino también a una modificación de sentimientos que se había operado en su espíritu.

Una tarde, al poco tiempo de la desgracia sucedida, Michel, que vagaba por la sierra a solas con aquella tristeza inexplicable que se había adueñado de su ánimo, se encontró con Arosa Beltza.

Un sentimiento de curiosidad y de burla, que él mismo no comprendía, le acució en el deseo de acercarse a la hermosa muchacha y hablarla. Hablaron: hubo una escena singularísima en la que el mozo, que empezó por zaherir a Arosa con sus mordacidades, terminó por acompañarla hasta su casa, sin temor a ser visto por las gentes del pueblo, que se lo podrían decir a Goitzeko, inmediatamente.

Se vieron alguna otra vez, y Arosa, sin perder nada de su natural altivez de costumbre logró, por fin, prender la llama de la pasión en aquel alma rebelde, que no se quería vencer al encanto de sus seducciones... Y un día, sucedió lo inevitable, lo humano... Ella con balbuceos de frenesí con sordos reproches de mujer despreciada en lo más caro de su existencia; en su belleza, confesó al mutil su amor. Y Michel, loco ante la hermosura salvaje y tranfigurada de Arosa, besó con loca delicia aquellos cabellos de ébano y aquella roja boca...

Desde aquel día fueron amantes, aunque cuidaron singularmente de encubrir estas relaciones.

Y aquella tarde, como otras muchas, se vieron. Bajo la fronda exhausta de aquella vieja encina, Michel y Arosa, unidos en el fuego de su pasión, tuvieron una de esas frecuentes borrascas de enamorados, muy en armonía con la borrasca del tiempo. Al cabo de algunos minutos se separaron de una manera casi violenta, y Arosa comenzó a retornar por el camino que pocos momentos antes había venido. Michel, de pie, junto al tronco desconchado de la encina, la vio partir con una intensa mirada de desesperación. Y ya a distancia de la moza, le gritó: —¿Vendrás?...

Arosa volvió la cabeza, y con aquella su magnífica altivez respondió firme:

—¡No, no vendré!...

Hubo un movimiento de cólera que agitó el cuerpo del mozo con temblores de un ansia infinita; pero se contuvo, y mientras ella se perdía lentamente entre la neblina, Michel tornó al pueblo... En su alma había

en zarpazo profundo de un lúgubre presentimiento...

IV

Por primera vez en su vida, aquella noche el mutll Michel de Arbieta, el más robusto de los mozos del pueblo, de todos el más ágil, sentía frío, un frío intenso, que no era en el cuerpo, sino en el alma, donde lo sentía posarse como una plancha metálica... Tenía la garganta seca, la frente ardorosa y la vista nublada... Casi dando tumbos Michel volvió al pueblo ya de noche, y contra su costumbre, entró en la taberna, la vieja y pobre taberna del pueblo.

Junto a unas toscas mesas de pino, varios mozos bebían acompasadamente en sus jarras de barro la sidra o el txacoll, y jugaban a las cartas entre carcajadas de franca alegría. Cuando entró Michel, todos se levantaron, apresurándose a ofrecerle el rico líquido de sus rústicas vasijas, entre ellos Andeca, Armeñac y Juaneca... Las conversaciones variaron entonces de rumbo, y todos prestaron atención a uno de aquellos relatos maravillosos que el viejo Zuriachu solía contar con tan singular gracejo; pero que aquella noche no quiso dejar salir de su desdentada boca.

Como era pleno invierno, los lobos bajaban de la sierra al llano y cometían grandes estragos en el ganado; era preciso darles una buena batida. Alguien lo propuso, y la idea fué acogida con gran entusiasmo por todos aquellos mozalbetes fuertes como robles.

—La noche no puede estar más clara—inclinó Andeca, decididamente.

—¿Vamos allá?—propuso el viejo Zuriachu, mostrando el amarillo de sus encas despobladas.

—¿Cómo...! ¿Tú también quieres venir, viejo temblón...?—bromeó Armeñac, riendo estrepitosamente.

Zuriachu se levantó de la mesa con ánimo de dar un buen mamporro al insolente; pero se hubo de contentar con tirarle la boña, en medio del regocijo general.

—Yo también voy con vosotros—exclamó de improviso Michel de Arbieta, vaciando de un compendioso trago el contenido de su jarra. —Me llevaré mi makil, y no creo que sea menester dar más de un golpe...

Tenía razón. Todos sabían que sería así. Se vaciaron algunas jarras más de dorada sidra, y al poco rato, Zuriachu, Michel, Juaneca, Armeñac y Andeca se pusieron en marcha hacia la sierra.

La noche con sus claridades de plata hacía fácil la batida, que no obstante, guardaba serios peligros, dado lo abrupto del terreno.

V

Brillaba la luna con argentadas tonalidades en el cielo surcado de albas nubes que, algunas veces, se interponían a la luz lunar.

Un silencio de infinito reposo reinaba en la noche aquella: ni una ráfaga de aire agitando el ramaje de los árboles del bosque en lontananza, ni un ruido de pasos al ascender los escarpados riscos los nocturnos cazadores. Sus pasos, sobre el blando lecho de nieve de un palmo de espesor, quedaban amortiguados, como sobre una tupida al-

fombra... Sólo se oía, como un leve rumor, como un roce de sedas, el monótono ruido de la nieve que seguía cayendo pausada sobre lo agudo de los picos.

La caravana marchaba en silencio también. El silencio de la Naturaleza se imponía en el espíritu de aquellos hombres. Delante marchaba Juaneca, el patizambo, que proyectaba sobre la nieve una ténue silueta de arco; seguíanle el resto de la comitiva, en cuyo centro caminaba Michel; al final de todos, medio renqueando, seguía animoso la marcha, Zuriachu.

De improviso, Andeca de Ibarreta, encarándose con el viejo, le preguntó:

—Oyeme, Zuriachu. Se me ocurre una idea.

—Dímela, pues—contestó el viejo lanzando resoplidos.

—Sí, te la voy a decir. Tú, que eres más viejo que nosotros, ¿has visto alguna vez al «Basojaun»...? (1).

—No—respondió brevemente Zuriachu—; pero una vez vi a la «Maitagarri».

—¿La viste?—exclamó Michel, parándose de repente— ¿Tú la has visto? ¡Dicen que es tan hermosa...!

—Y es verdad. Yo la he visto una vez y, ¿sabes a quien se parece, pero mucho?...

¡Nunca lo dirás, me apuesto una jarra de txacoll!... Pues se parece a tu novia, a Goitzeko...

—Y cómo fué eso, Zuriachu? ¿Cuándo? tornó a interrogar Michel, interesado, haciendo parar la caravana—Cuéntanos cómo fué.

—¡Oh, hace ya muchos años! Entonces era yo casi un chaval... Era una noche de luna; yo iba como ahora con vosotros, de batida a la sierra, a cazar cervatos con cepos de hierro. Al cruzar el bosque me separé de mis compañeros y me perdí. Me quedé solo, y de pronto la vi, vi a la «Maitagarri» (1), toda blanca como un ángel... ¡Má hermosa!... Ahora, que aquella noche yo había bebido mucha sidra, mucha; y dicen que debía estar borracho... Nadie en el pueblo quiso creerme... Todos se refan y me llamaban borrachín. ¡Vamos! No es que a mí no me guste la sidra... ¡vaya si me gusta! Pero yo estoy seguro de que la vi, ya lo creo si la vi...

—¿Y no te asustaste?—preguntó Juaneca, riendo.

—¿Asustarme? ¡De qué?... Nada de eso. Algún tiempo más tarde me casé con Martina, con la cual había regañado hacía muchas semanas...

Todos se pusieron en marcha nuevamente, y el silencio volvió a imperar en la comitiva.

Llegaron a una especie de meseta formada en las estribaciones de la montaña, donde se detuvieron para discurrir el plan de la batida y apostarse convenientemente.

Después de una breve deliberación y por consejo de Zuriachu, el más experimentado en esta suerte de empresas, reanudaron

(1) «Basojaun» monstruo de los bosques de Eukrania.

(1) «Maitagarri» Hada Blanca de la tradición de Euskaria.

ron la marcha, es decir, la ascensión, que cada vez se hacía más dificultosa.

Algunas nubes se desgarraron, dejando paso a la luz de la luna, que iluminó la cima de los picos. Trepaban ágilmente por las hendiduras de las rocas; sólo el viejo Zuriachu iba a la zaga: sus muchos años no le permitían ya pruebas de aquel género.

Tras unos minutos de ascensión accidentada, volvieron a reunirse todos los cazadores, para efectuar la distribución de puestos.

—No, no; es necesario subir más—dijo Zuriachu, tendiendo la vista hacia el valle esmaltado que se extendía allá abajo.

—Parece que los lobos están avisados... —dijo Michel, malhumorado—. Todavía no hemos encontrado ninguno.

—Bueno; en marcha—ordenó el viejo—. Ya los encontraremos, y en abundancia...

Y nuevamente se dispusieron a proseguir la ruta, cuando de repente Andeca, que caminaba a la avanzada, gritó lleno de sorpresa:

—¡La «Maitagarri», la «Maitagarri»...!

Todos volvieron la cabeza, y un grito de estupor salió de todos los pechos:

—¡La «Maitagarri»...!

En efecto; sobre el pico agudo de un montículo próximo, se proyectaba una sombra de mujer envuelta en blancos ropajes también. Mas no era aquella joven y hermosa mujer que Zuriachu había visto y descrito a sus compañeros, sino una anciana venerable, de noble rostro, que, plegadas sus delgadas manos inmateriales sobre el pecho, inmóvil, alargaba su silueta difusamente, hasta confundirse con el aire... Era la «Maitagarri», el hada de las tradiciones euskaldunas, el hada buena de los enamorados, la mediadora de todos los infortunios...

Los cazadores quedaron fijos, como engastados sus gruesos zapatos de claveteadas suelas sobre el nevado terreno, temerosos, emocionados... La sombra, después de unos instantes de persistir sobre el picacho que la servía de trono, desapareció tan de improviso como se había presentado.

El primero en reponerse del susto fué Zuriachu, que soltando una medrosa carcajada, exclamó:

—¡Ja, ja, je!... ¿Veis cómo tenía yo razón?... Es la «Maitagarri», que nos protege en nuestra empresa! ¿Estaba yo borracho aquella noche en que la vi por primera vez?... ¡No, no lo estaba, no lo estaba! Ahora tampoco lo estoy, ni vosotros, y todos la hemos visto! ¡Decidme ahora que es mentira!...

—¡No, no!... ¡Es verdad!... ¡Es la «Maitagarri»!...—prorrumpieron todos a coro, excepto Michel de Arbieta, que, desencajado, vidriosa la mirada, gritó lleno de cólera:

—¡Mentira, mentira! ¡Tú no la viste entonces, viejo embustero!... ¿Por qué mientes?... ¡No, no la viste, no la viste!...

Zuriachu, lleno de ira, quiso lanzarse sobre Michel; pero Andeca y Armeñac le contuvieron. El viejo vociferaba, diciendo:

—¿Por qué, por qué es mentira?... ¡Dime!...

—No, no la viste, no la pudiste ver, porque entonces mi madre vivía aún; y la «Maitagarri»... es mi madre.

Una hermosa mañana de sol había sucedido a la crueldad de la noche invernal, nevosa y fría, bajo el muro ciclópico formado por los ingentes picachos de la cordillera pirenaica. Las mal empedradas callejas, tortuosas e inclinadas del pueblo, continuaban cubiertas de nieve que los débiles rayos del sol comenzaban a derretir muy lentamente, dejando correr a lo largo de la pendiente el turbio canalón de agua helada.

Seguramente al atardecer volvería a nevar, y así durante algunos meses, hasta que volvieran los buenos tiempos en que el sol calcina con sus ardorosos rayos las cimas rojizas de los montes euskéricos—que ahora se divisaban en una lontananza difusa—, y que en las dilatadas llanuras creciesen los dorados maizales, orgullo de la Casilla ancestral, y las rubias boronas, tan coloradas y fuertes como el cuello robusto y orondo de un «jaum»...

Era mañana de domingo, y parece que las mañanas domingueras están dotadas de una rara y mayor luminosidad, de un algo tan inexplicable como real, algo tan inconcreto que tal vez no sea sino el encanto del domingo, o efecto de una belleza que no reside en el paisaje, sino en nuestra vista.

En la vieja plazuela, junto a los paredones centenarios de la iglesia, cuyas campanas cascadas y quejumbrosas tañían a misa, veíanse algunos mozos del pueblo, en animada charla. Sus abarcas eran más limpias, más albo el color de sus camisas en este día de ocio en el lugar, y sus rostros afeitados cuidadosamente una vez por semana, tenían un aire de alegría especial, una alegría de domingo...

Entre ellos se hallaba también el viejo Zurianchu, que gracias a la hora no podía materialmente estar borracho aún, con harito sentimiento suyo, pues éste era el estado que más agradaba al anciano. Pero aquella mañana, no solamente estaba sereno, sino también locuaz,—cosa extraña, al no ser producida por la sidra—, si bien no abandonando nunca su habitual socarronería y malicia.

Con grandes aspavientos contaba a los muchachos la milagrosa aparición de la noche anterior; el resultado de la batida que no fué otro que el de volver ya de madrugada con las manos enteramente vacías y el ánimo más oprimido que si realmente hubiesen degollado una manada de lobos, y otros pormenores más o menos fantásticos acerca de la aventura.

La noticia de la aparición, había corrido por todo el pueblo con la velocidad con que se propagan todas las cosas fantásticas, y Zurianchu, que había madrugado más que de ordinario, tal vez porque no había pegado el ojo aún, contaba por décima vez las circunstancias en que se les había aparecido la «Maitagarri», personaje leyendesco, mito de las tradiciones que todos respetaban por secreta intuición, pero que nadie, excepto el borrachín de Zurianchu, habían conseguido ver nunca.

—¡No seáis brutos!—argumentaba finalmente el viejo ante la incredulidad manifestada de los mozos— ¡No comprendéis que eramos cinco, Juaneca, el de la casería de Utróniz, Armeñac, el pelotari, Ande-

sa Echelar, Michel de Arbieta y yo...? ¿Creéis que todos íbamos a estar borrachos? ¡Yo sí, yo sí había bebido, como la otra vez que ví a la «maita»; pero los otros ¡quita allá!...

—¿Y qué hacía la «Maitagarri»?—preguntó un mozo.

—¿Qué iba a hacer?... ¡Nada!

—¿No hablaba?—insistió el mozo.

—¡Mira que eres animal!...—Has visto tú jamás que hablen los muertos?... Bueno; yo tampoco creo que la «maita» sea el espíritu de un muerto... Por poco si nos damos de trompazos Michel y yo cuando le dije que había visto a la «maita» hacía ya mucho tiempo... Al principio cuando lo conté según subíamos a los picos, lo creyó, pues no dijo nada. Pero después de ver la aparición, que la vimos todos, Michel se empeñó en que yo era un embustero y un borracho, y que no había visto a la «maitagarri» hasta entonces... Le pregunté por qué, y me dijo que la «maita» es el espíritu de su madre... Y hasta me parece que lleva algo de razón. ¡Se le parecía tanto!... Su misma cara, sus mismos ojos... No se, no se...

—Y cuando tu la viste la otra vez, ¿también era la madre de Michel?—preguntó otro mozo.

—¡No, no era; entonces era una mujer muy guapa, que se parecía algo a la hija de María, la del llano, a Goitzeko Eguskia, la novia de Michel.

En aquel momento, por la pendiente de una calleja ascendía Arosa, vestida de negro.

—¡Mira!... Arosa... Cada día está más hermosa—dijo Zurianchu, clavando sus ojillos verdosos en el esbelto cuerpo de la «nesca».

Arosa cruzó la plazuela y se internó en la iglesia. Los aldeanos continuaron su charla sobre apariciones, caminando hacia el juego de bolos, situado en las afueras del pueblo.

Arosa Beltxa, permaneció en la iglesia largo rato, y cuando salió se encontró en la puerta con Michel.

—Te aguardaba, Arosa... Quiero hablar—dijo.

Aquella mujer, cuya alma era una hoguera de vehemencia, de salvajes apasionamientos, se mostraba aparentemente fría. Su altivez nunca se borraba de lo severamente majestuoso de su rostro.

—Vamos—repitió ella, y cruzó la plaza despaciosamente.

El mozo parecía disgustado, enfermo. En su mirada había un brillantez de fiebre.

Caminaron hacia la salida del pueblo, donde Arosa vivía completamente sola.

Michel la seguía en silencio.

VII

Y sin embargo no la odiaba...

No, Goitzeko Eguskia, la dulce y plácida belleza rubia y amable que un año antes era feliz con el amor de su Michel, era ahora víctima del más cruel abandono. En lo sensible de su alma inculta, pero apasionada, germinó el dolor, el dolor de la mujer enamorada que siente desgarrarse su pecho de ímpetu violento de los sollozos; pero nunca de odio hacia su rival, por la cual sólo sentía desprecio, un profundo, un

infinito desprecio mezclado con cierto recóndito sentimiento de conmiseración... ¡Ella también amaba a su Michel!

Un día, Goitzeko los vió juntos... Marchaban unidos, muy unidos sintiéndose felices en la impunidad de su delito y de sus culpables amores de pecado...

La flor delicada del alma de Goitzeko sufrió los ardores de un sol demasiado fuerte... Un ardor de fiebre que le impulsaba a matar a los dos... Pero, no; no lo hizo...

Hoy, sol de mañana palidece como una flor seca, como una hoja otoñal, se torna mustia... muere.

Goitzeko, nació para amar, para amarle a «él», pero nunca para odiar...

Por ello el alma sumisa de la desdefada joven no abrigaba rencores...

VIII

De pie ante el cadáver de Michel, Arosa, soberbiamente bella en la trágica actitud de su crimen, sonreía, sonreía, con aquella su serena y altanera sonrisa, que una tarde de romería contemplara el triunfo del gallardo «ezpatadanzari»...

Entonces él triunfaba para otra, para «ella»... para Goitzeko... Ahora por el contrario Arosa triunfaba para sí, para su orgullo de tigresa herida en su salvaje amor... Triunfaba de la vida y del amor, y su triunfo lo ofrecía a la muerte... Además había vencido a Michel, lo había vencido cuando pretendía abandonarla por la otra, por la odiosa otra...

Cuando el mozo la habló por primera vez de separación, Arosa creyó enloquecer; en su alma, recia y dura como los aristas de uno de aquellos montes, brotó una tempestad de celos, una tormenta de odios y una idea de venganza... ¿Abandonarla?... ¿Separados otra vez?... ¿Y por la otra?... ¡Oh, no, no!...—brotó de lo profundo de su pecho con ronco dejo de fiera—¡Antes la muerte!...

—«Mi madre lo exige; se lo prometí momentos antes de morir y no he cumplido mi promesa»—le dijo él aquella tarde. Ella lo comprendió perfectamente... y soltó una carcajada terrible.

Después Michel la habló de la «Maitagarri» que era su madre, y que la dirigiera muchos reproches por no haber cumplido su juramento casándose con Goitzeko...

—¡Es cruel, muy cruel!—la siguió diciendo— porque yo te amo, te amo a ti sólo... Te amaré siempre... Pero es preciso que yo me case con ella... ¡Mi madre lo quiere!...

Arosa seguía siendo frenética, exaltadamente de estas palabras de Michel.

—¡Locuras, locuras!... ¡Tú eres mío! ¿Lo oyes?... ¡Mío!... ¡No te casarás con ella, no! ¿Sabes por qué?... ¡Pues porque yo la odio, si la mataré antes de que sea tu esposa!—dijo siniestra, esgrimiendo el filo de sus miradas.

Y cuando el mozo, hosco el ceño, levantó el puño de ciclope amenazadoramente, diciéndole terrible:

—¡Será!... ¿Lo oyes?... Será!...

Ella Arosa cedió al impulso arrabatorador de su alma indomeñada y mató... Su voz terminó silbante:

—¡No será!... ¡No será!...

¡Rosa Negra, mancha de tragedia sobre la aldea pirenaica!...

POR QUE O D I O A I S A A C C I V I L

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Me consta. No, no lo neguéis, vuestra piedad, recatando lo que pensáis, me haría reír. Me consta que, al leer el título, habréis torcido la cabeza pensando: «¡A este pobre González, el dolor le ha hecho perder la chaveta!».

Yerro insigne. Este pobre González que os habla, jamás estuvo tan cuerdo como ahora. Por otra parte, no tengo edad de chocheo, ni mucho menos.

Es preciso, que lo proclame bien alto, de una vez para siempre: odio a Isaac Civil, maldigo de su memoria, me causaría un gran placer no haberlo conocido nunca.

Además, no estoy triste, no soy un hombre triste. La muerte de Isaac Civil, apenas si me hizo derramar unas lágrimas sinceras.

—¡Oh!, sí, sí, no lo niego. No me cogeréis en un renuncio, amigos. Lloré mucho, he llorado mucho; pero sinceramente, saliéndome el llanto del corazón, un momentito nada más; el preciso para darme cuenta de que el lugar de Isaac Civil podría ocuparlo decorosamente Rafael Gutiérrez, en mi partida de tresillo.

Claro que no he vuelto a jugar; pero no he vuelto a jugar, porque vosotros no me habéis dejado, no por falta de ganas. Quizá no haya perdido mucho con ello. A lo mejor Gutiérrez, como Isaac, tendría la mala costumbre de hacer algunas trampas.

Llamadme amigo desnaturalizado. Insultadme lo que queráis; pero la verdad es esta: vuestro gran escultor, vuestro insigne artista, vuestro preclaro patricio—vuestro, vuestro, no mío, que yo no quiero nada de él—hacía trampas en el tresillo. ¡Ah!, ¡ah!, y no es eso todo, compañeros: además se hurgaba indecorosamente las narices.

Bueno, no creáis que el motivo de mi odio a Isaac Civil, sean esos dos defectos, tan banales al fin y al cabo. Después de todo, me tienen sin cuidado las exploraciones a que Isaac quisiera someter a sus narices, y me importa un pitoche que no jugara caballerosamente.

De por vida, no me hizo el hombre un daño definitivo. Anuló mi personalidad y nada más.

Claro está, que ésto ya es grave. Que un hombre que pueda llamarse dignamente Federico González, se vea convertido en «el amigo de Isaac Civil», no es agradable.

Pues, ¿Y cuando lo de mi pulmonía?

Recordadlo. Recuérdalo tú, sobre todo Panteleón. Ya te veo, ya, barrenándote la sien con el índice de la mano derecha para indicar a los demás que estoy chiflado. Recuérdalo, hombre.

¿No? Bueno, pues ya te haré yo memoria. Convalecía de mi enfermedad, que me tuvo a las puertas de la muerte, cuando Isaac pescó un constipado insignificante. Guardó cama, un día. Yo, salía a la calle precisamente, por primera vez. Y tú, tú mismo, incrédulo Panteleón, me abordaste:

—¡Caray hombre, Federico, dichosos los ojos!... Y qué, ¿qué ha sido eso? ¡mira que tú una pulmonía!...

Tú voz era jovial: ¡mira que tú paseándote con un papagayo por la Alameda! Mi enfermedad, evidentemente, te haría gracia. Pero, en cambio, enseguida hicistes opaca la voz para preguntar acongojado:

—¿Y el pobre Isaac? Tú crees que ese constipado será cosa grave. ¡No quiero ni pensarlo!...

Y aún añadistes mientras había en tus ojos un fulgor homicida:

—A ver si es que le has pegado la pulmonía! ¡Tendría que ver!...

Bien; pues como tú, todos. Mi enfermedad, era un bonito pretexto para preguntarme por Isaac, que era quien, en definitiva, os interesaba.

Pero todo esto, es lo de menos. Lo grave vino luego, al morir Isaac, cinco años después, víctima de una borrachera que los médicos llamaron de una elegante forma que ahora no recuerdo.

Yo, como he dicho al principio, estaba llorando. Me abrazásteis, me apretujásteis, me dejásteis casi lisiado a palmaditas.

—Animo, Federico. Hay que sobrevivirle. Tú estás llamado a ser el recuerdo vivo del maestro.

Cuando se dispuso que guardara el Museo el lecho donde Isaac durmió su última noche, creí por un instante que a mí me encerrarían también en alguna vitrina con un cartelito indicador en la solapa.

Casi, casi. Las gentes a mi paso, adoptaban un aire compungido, y lanzaban suspiros y meneaban la cabeza al pasar por mi lado.

A mí ésto, claro, me hacía gracia. Pero dignamente, no podía reirme y componía también, un semblante de dolor.

Así, durante dos años. En el casino, en el teatro, en la Alameda, la tristeza ha florecido y la risa se ha apagado a mi paso. En veinticuatro meses interminables, no he oído reírse a nadie a mi alrededor.

Es decir, miento. Una vez, una sola vez, en tan largo plazo, he oído reír a la gente. Pero fué peor. Fué peor, porque todos me miraron, como implorando mi perdón y enseguida, enseguida volvieron a los semblantes tristes y a los suspiros. Ocurrió el caso en el teatro, en ocasión en que se representaba una astracanada. El buen público rió un retruécano espontáneamente, pero enseguida, ya lo he dicho, me pidió perdón y silbó la obra.

¡Horrible!

Y ya no aguanto más. Mi tristeza es fingida o, mejor dicho, impuesta por vosotros. Yo soy un hombre alegre, fundamentalmente optimista y jovial.

¡Abajo la memoria de Isaac Civil, muera el muerto, que pesa demasiado sobre mis hombros!

Credme loco. Os autorizo para que me creáis loco, si éste es vuestro gusto. Pero reiros, por el amor de Dios, reiros y dejadme que yo me ría.



EL TONTO QUE SACCA EL DINERO A LOS «VIVOS»

por JUAN CARRANZA

El domingo pasado estuvimos en un pueblo costero. Veranean en él unos amigos nuestros. Enterados a su tiempo de nuestro viaje salieron a recibirnos a la estación. Amabilísimos quisieron mostrarnos cuanto de interés encierra el pueblo. Nos llevaron a la iglesia para que admirásemos sus líneas exteriores románicas. Después nos acompañaron al mercado, instalado en un edificio amplio moderno. Sobre el mediodía fuimos al casino. Disimuladamente nos fueron enterando de la prosapia de los veraneantes.

—Este, es el barón de X.; aquel un fabricante de «cierrapollerass»; este otro es el conocido político N.

Cruzó por delante nuestro un muchachito de tez bronceada, humildemente vestido. Saludó a nuestros amigos.

—Este muchacho también forma parte de las cosas interesantes del pueblo—me dijeron.

Ahora verás—agregaron al mismo tiempo que lo llamaban.

Acudió aquél. Le observamos. Cuando chuzó no nos llamó tanto la atención como cuando se enfrentó con nosotros. Su rostro parecía entonces de bobalicón. Uno de mis amigos sacó del bolsillo una moneda de plata y otra de cobre.

—¿Cuál prefieres?—le dijo al muchacho.

Este señaló a la de cobre. Mi amigo se la entregó y el muchacho continuó el camino.

Mi amigo añadió:

—Es el tonto del verano. Ni una sola vez se inclina por la moneda de plata, y eso que al día son muchos los que repiten el ofrecimiento.

En efecto, después de mi amigo, observé cómo otros le llamaban y repetían el ofrecimiento, entregándole la moneda de cobre, la escogida por él.

Observamos en el muchacho algo que nos dió que pensar. Descubrimos en su rostro, cuando se guardaba las monedas, un gesto de picardía. Nos acordamos de lo que dijo Eduardo Zamacois, sobre un indivi-

duo pintoresco, emperador de la Pirueta, al componer su «Guzmán de Alfarache»; Rey y señor de la gallofa matricense: Dijo Zamacois «llega frente a nosotros dicho individuo. Nosotros creemos, como es natural, que ya ha llegado, y sin embargo, no es así. Cuando en realidad llega, es al cabo de unos diez minutos de estar frente a nosotros».

¿Será éste el caso del «Tonto» del pueblo costero?—nos dijimos para nuestros adentros.

Dispuestos a salir de la duda, abordamos al muchacho en ocasión en que estábamos los dos solos. Entre los dos se estableció una corriente de simpatía. Desapareció de su rostro el gesto de bobalicón. En él brillaba la gracia de nuestra novela picaresca. Por sus ojos vimos desfilas a «Estebanillo, al «Diablo Cojuelo», al «Bachiller de Salamanca», a «Gil Blas de Santillana». Y los vimos en los lances más triunfantes de su vivir andante, lleno de tretas, de desenfado, de burla y de artimañas.

—La gente te toma por tonto y no lo eres—le dijimos.

Rió el muchacho. Y añadimos.

—¿Se puede saber por qué escoges siempre la moneda de cobre?

Nos contestó riendo:

—Escojo siempre la moneda de cobre porque el día que me incline por la de plata, se acaba el ofrecimiento, y por ende este truco que me permite reunir al cabo de la jornada una gran cantidad de calderilla.

Ya instalados en el tren, de regreso a Barcelona, nos acordamos del singular muchacho, y pensamos que si actualmente, no tenemos novela ni teatro picaresco, no es por falta de personajes que pudiesen dar lugar a ello. No tenemos novela ni teatro picaresco, en realidad, porque entre nuestros escritores solamente existen dos que podamos llamar depositarios del temperamento y del ingenio de que dieron muestras el Arcipreste de Hita al escribir el «Libro del Buen Amor»; Cervantes al dar a la estampa «Rinconete y Cortadillo»; Mateo Alemán,

Quevedo con el «Buscón» y la mayor parte de sus obras; Lessage con su «Gil Blas de Santillana»; Lope de Vega con los criados que llevara a la escena. Los dos escritores de nuestros tiempos, que con los puntos de su pluma han conseguido dar vida a tipos de pícaros son don Jacinto Benavente y Pío de Baroja.

Así es que, quedamos en que el temperamento picaresco subsiste en el pueblo español, pues ese muchacho que vimos en el pueblo costero significa una faceta de ese temperamento trashumante y burlón.

Lo que no subsiste en nuestros días, descontados esos dos escritores, es esa plétora de novelistas y de comediógrafos que con tanto donaire supieron recoger el vivir pintoresco y nómada de los pícaros que bullieron en tiempos pasados.

El Crispín de «Los intereses creados» de Benavente, no tiene que envidiar en nada a los personajes que plasmaron en la letra de molde los ingenios ya nombrados y que vivieron en época muy lejana a la nuestra.

Empero El Crispín de Benavente no es un personaje representativo de nuestra época. Con él, don Jacinto, lo que hizo fué poner de manifiesto sus excelentes condiciones para revivir el teatro picaresco.

Pío Baroja con esa trilogía de novelas que forman «La Busca», «Aurora» y «Mala Hierba», también ha demostrado que puede continuar en estos tiempos la novela picaresca que iniciaron aquellos ingenios.

Pero con esas tres novelas de Pío Baroja, no queda suficientemente reflejada la historia picaresca de nuestras gentes.

Es preciso que para que tengamos la historia picaresca de nuestros días, que Pío Baroja persista en la orientación que iniciara en las tres novelas ya citadas y, que Benavente ponga al servicio de esta idea aquellas excelentes condiciones que demostrara al crear «El Crispín» de «Los intereses creados».

RECUERDOS DE FIN DE SIGLO

UN POETA ISABELINO

por SANTIAGO ESPINEL

No me importa que la clasificación sea un tanto arbitraria. Al poeta de mis recuerdos le llamo isabelino por serlo los muebles de su morada. Cómodas ventruadas, consólas sostenidas por esbeltas columnitas y rematadas por dos pichones dorados que juntaban el pico, sillas de onduladas patas, lámparas de cristal, tapicería roja... Isabelino el decorado. Isabelino el personaje, también. El no sabía que a su época le íbamos a llamar, luego isabelina.

¡Qué quieren ustedes!... No todo el mundo pertenece a la clase de videntes del fuste del personaje de un drama que exclamaba:

—«¡Parto para la guerra de los treinta años!».

O del otro que decía:

—«No me olvide, señora, que está usted hablando con un caballero de la Edad Media».

No. Mi poeta fué más modesto. Se contentaba con ser poeta. Ni más ni menos. Rasurado el rostro, blanca la melena; usaba capa, chambergo y chalina. Simpático, atractivo, encantador, era, cuando en mi infancia le conocí, uno de esos ancianos a quienes todo el mundo acoge amablemente.

En el ambiente industrial de Mataró, la ciudad del género de punto, el señor Volart—que así se llamaba mi poeta isabelino—era el representante, sin comisión, de las nueve Musas. ¡Y a fe que desempeñaba su papel bravamente y con toda dignidad!..

Yo era un chiquillo. En la rebotica del boticario Pascual acudía, ávido de curiosidad, a escuchar los versos del venerable poeta local.

—Señor Volart. ¿por qué no nos recita su poema?

El poeta no se hacía rogar demasiado. Solemne, ceremonioso, parsimonioso, empezaba a recitar lentamente:

«El que cante la belleza
Heme impuesto cual oficio.
El Eterno en su juicio
Condenóme al loco afán.
Y cumpliendo la sentencia—
Caso raro y sin segundo—
Ando solo por el mundo
Cual si fuera un holgazán».

Y, cambiando el tono de voz comentaba:

—«Sí, sí; un holgazán. Ustedes lo habrán oído decir muchas veces: ¡ese hombre es un holgazán!... ¡Claro!... ¡Qué sabe la pobre gente vulgar del Eterno, ni de sus juicios, ni de que yo me haya resignado a cumplir la sentencia?... Pero yo, eso lo

canto. Sí; en vez de eludir el juicio del vulgo, lo canto y digo:

«...Ando solo por el mundo
Cual si fuera un holgazán».

«No lo soy. ¡Qué he de ser!... Trabajo, observo, canto, limo mis cantos... Pero los ignorantes no lo saben. Y dicen: ¡Es un holgazán!... Fíjense ustedes en el trabajo que me tomo:

«Deteniendo al campesino
Saber debo sus derechos.
De la lluvia y 'as cosechas
la escasez o plenitud»

«Porque cuando subo por la riera de Cibera, los campesinos dejan la azada y se ponen a charlar conmigo. Todo me lo cuentan. Que si la lluvia, que si el pedrisco, que si la cosecha se presenta buena o mala... Y yo, es claro, lo canto:

«...la escasez o plenitud.
Del pedrisco los estragos.
De la luna... las rarezas»

Al llegar a este punto del poema, el señor Volart, invariablemente, se paraba, miraba a su alrededor y preguntaba con misterio:

—¿No hay ninguna señora por ahí?
Al cerciorase de que estaba entre hombres solos, proseguía:

«El ardor y las lindezas
del jumento. Y la salud».

Seguía el comentario:

—«Sí; esas buenas gentes me lo cuentan todo. Nada se callan. Me hablan del jumento y de si la burra se halla en estado. Tampoco dejan de hablarme de la salud de todos sus familiares. Y yo lo canto. Es mi misión. El poeta viene obligado a cantarlo todo. ¿no les parece?»

Un poco volteriano, como todo poeta de la época que se estimara en algo, su poema tenía esta alusión:

«A sus pórticos me atrae,
Cuando apenas el sol brilla,
La rural vieja capilla
Que la fe en un tiempo alzó...»

Y comentaba:

—«Ya habrán observado ustedes que digo:

«...la fe en un tiempo alzó». En un tiempo. ¿Eh?... Hoy ya no tenemos fe. ¡Qué hemos de tener!... Por esto yo, que no gusto de engañar a nadie, canto la duda cuando digo:

«Al hablar de la fe, cual punto en blanco,
Del teólogo no obstante el anatema,
De la duda me quedo en el barranco.»

Entonces tomaba un libro, le ponía de canto, simulaba, con los dedos índice y meñique de la mano derecha que montaba a horcajadas sobre el lomo—el barranco—y volvía a exclamar solemne:

«De la duda me quedo en el barranco...»

Venía, luego, en su poema una descripción selvática. Desfilaba la modesta fauna de los alrededores de Mataró. Recuerdo que hablaba, con un gesto de repulión como si tocara la helada mano de un muerto, del hueco en el cual:

«...los huevos de su parto
Fríos dejan la sierpe y el lagarto».

Seguía la minuciosa descripción naturalista:

«Entre las ramas salta el abadejo
Y oculto yace el montaráz conejo».

Pedro Pascual—el hijo del dueño de la rebotica y hoy boticario él también, muy aficionado a la política y, por este motivo, conocidísimo en toda la costa catalana donde goza de grandes simpatías—solía interrumpirle siempre diciéndole:

—¡Alto, señor Volart, alto!... ¿Ha dicho usted abadejo?

—¡Naturalmente!

—Es que yo tenía entendido que al bacalao se le llama también abadejo. ¿Qué es eso de que un bacalao salte entre las ramas?

—Pero... ¿le están oyendo ustedes?... Los muchachos de hoy día no sabéis nada. El abadejo es un minúsculo pajarillo muy gracioso y gentil. Antes de abrir la boca hay que saber lo que se va a decir.

¡Oh las inefables veladas del poeta isabelino en la rebotica del boticario de Mataró!... No las olvidaré mientras viva.

Los mataroneses están en deuda con el señor Volart. ¡A ver cuando editan sus versos!... Podrían titular el tomo «Un poeta isabelino» que lo hagan. Yo sé de un periodista matarónés residente en Madrid que, de buena gana escribiría el prólogo. Le sé. Me consta. El mismo me lo ha dicho.

LA ALEGRÍA QUE PASA

LOS DOS PAYASOS

por ANTONIO ZOZAYA

En una de mis andanzas por los pueblos de la serranía, he encontrado la caravana de los gimnastas ambulantes. La gente campesina llama a sus ejercicios los «títeres» y a ellos titiriteros. La denominación es inexacta. El tipo de titiritero auténtico fué maese Pedro o, mejor Ginés de Pasamonte. Estos infelices gimnastas ambulantes, no manejan muñecos de pasta, ni de madera o trapo. Son ellos mismos los que han de hacer reír con sus muecas y maravillarse con sus trucos arriesgados y sorprendentes. Menos afortunados que sus colegas cortesanos, no han tenido un Benavente que cante sus glorias y llora sus fracasos, ni siquiera un escritor fantasista que les dedique todo un volumen de piruetas y extravagancias. Pero su vida es interesante y sus tipos dignos de un estudio psicológico. No me propongo hacerlo. «Forse altri canterà con miglior plectro». Pero sí quiero dedicar un recuerdo sentimental a los representantes más genuinos y más simpáticos a la plebe rústica: los payasos.

Los payasos de la comparsa vista por mí en la Sierra del Guadarrama son dos. El uno es un viejo; el otro es casi un niño. Conforme a la frase de Figaro, ambos procuran hacer reír, por temor, acaso, de hacer llorar. Con sus rostros enharinados disimulan las huellas del hambre y del sobresalto cotidiano. Saben que de su ingenio pende la suerte de sus compañeros. De nada servirá que la amazona luzca su habilidad sobre el famélico alazán, ni que dance dentro de su aéreo tonelete sobre el «panneau» bordado de lentejuelas. En vano la niña dislocada se atormentará para pasar por los travesaños de la silla de enea y Rosendo, el Hércules, levantará con su robusto brazo el eje de un carró o sustentará sobre sus espaldas el tablero en que han de subirse diez gañanes, si luego, ellos, los dos graciosos, no consiguen que el concurso prorrumpa en carcajadas y eche mano a la faltriguera al llegar la parte en que pasa la bandeja, que es «la parte más lastimosa». Tienen que hacer reír y hay que confesar que lo consi-

guen. Alguna vez lo hicieron llorando; pero las gentes creyeron que el llanto era fingido. No importa: siguieron un precepto de Horacio: «Si quieres conmoverte, comienza por conmoverte y dolerte tú». «Si vis me flere...»

El payaso más viejo ha sido gimnasta y, alguna vez, consiguió ser aplaudido con entusiasmo en los circos de Madrid y Barcelona realizando ejercicios de fuerza y agilidad en las barras fijas, o sea en el aparato más penoso y difícil de toda la gimnástica; pero, ¡oh rigor de los hados! En pleno triunfo quedó inútil. ¿Por haberse roto una pierna, como el protagonista de «La fuerza bruta»? ¿Por haberse dislocado un brazo o distendido un músculo intercostal? Nada de eso. Su desdicha fué más prosaica. Consistió en un padecimiento nefrítico que, a más de privarle de sus facultades, le hizo huraño y pesimista. Sin embargo: los grandes huraños son casi siempre, por inexplicable paradoja, excelentes graciosos. Casi todos los humoristas célebres fueron enfermos del hígado, como Tackeray, como Sterne cual nuestros célebres graciosos Carreras y Ontiveros.

Se hizo mimo. Sus modelos, vistos o soñados, fueron el inimitable fundador de la pantomima Joao Grimaldi gloria, hace un siglo, del Covent Garden; el gran Mazurier, intérprete de «Jocko», que en Drury Lane cobró un millar de libras por noche, eclipsando a Talma; Withoyne, inventor de «El muerto» y de la corrida bufa de toros; Pepino y Tonino, Tonet y el insigne Teddy. Pero su amargura es incurable. Es tarde. Enfermo y torpe, no le esperan sino la miseria y la muerte. Por eso la risa que provoca es trágica cual la que hacen asomar a los labios de los seres crueles la joroba del deforme o el estrabismo del anormal. El es quien pide, bandeja en mano, el socorro mezquino, a cambio del manido y vulgar retruécano.

El payaso joven carece todavía del arte suficiente para hacer sonreír; pero se hace admirar, lo cual es más fácil en tierras de

rebaños. Es ágil y, aunque él lo ignora, sigue las huellas de los otros clowns de resortes de acero: de Auriol, de Kennebel, de Price, de Billi Hayden, de Toni Grice, de Little Pick, de Medrano, de los hermanos Fratellini, condecorados con la Legión de Honor. No tiene como ellos, insisto, el arte humorista, pero sí el instinto de lo cómico y, sobre todo, la agilidad, el organismo sano, a prueba de privaciones, caminatas a través de los campos, en noches de cierzo y de lluvia, y los músculos acerados dispuestos para el salto y los ejercicios más difíciles y peligrosos. Sabe que llegará y se siente feliz, aunque Hora, de vez en cuando, de hambre, de frío, de prematuro amor imposible. Dentro de algunos años será rico; no cabe dudarlo. Reune las condiciones que Leonard Parish adivina en los grandes artistas. Los públicos lo aclamarán un día y lo proclamarán rey de la pista, luego que la suerte lo emancipe de la tropa miserable y lo coloque bajo la deslumbradora luz de los focos eléctricos. Entonces será cuando la ambición, la rivalidad, el deseo insaciable de grandeza le harán recordar los tiempos de privación y de cansancio aniquilador, de humillación de aldea en aldea. Como Collin d'Harleville, podrá decir: «Estábamos contentos sin un céntimo. Eramos desgraciados. ¡Aquel era el tiempo dichoso!»

«Nous n'avions pas le sou, mais nous étions contents;

nous étions malheureux; c'était là le bon temps!»

Posible es que este recuerdo de dos infelices payasos ambulantes a nadie interese; pero como el autor del «Canto a Teresa» los viejos apenas sabemos escribir sin prorrumpir en lamentaciones que no son sino desahogos de nuestro corazón. ¡Ay! a todos lo humanos que no pagan tributo prematuro a la muerte, es obligado envejecer y llegar a los días melancólicos en que impresionan los payasos tristes y en que, mirando en el fondo del alma, no se encuentra sino glorias frustradas y esperanzas marchitas.